

El mejor de nuestros señores particulares, o Las enseñanzas de don Julio

Escribir sobre Julio Caro Baroja es un honor y un compromiso. No me avergüenza el decirlo. Temo no hacerlo bien y no ser sincero. Pero también, qué caramba, en un mundo en el que unos y otros se elogian con motivos escasos o incomprensibles y se festejan y se aplauden y al cabo se protegen como si la vida fuera una camorra del elogio y hasta el más corto de mollera y bolsillo ancho se paga su *claque* de leva, es casi, casi una cuestión de honor rendir homenaje a don Julio Caro Baroja, de intentar devolverle con unas cuartillas algo de lo que creo me ha dado o que de él y de sus páginas he recibido. Y un poco de revancha también, qué le vamos a hacer, ya me explicaré, si puedo.

Quien esto escribe ha venido sintiendo a lo largo de toda su vida intelectual una pasión por la obra de don Julio Caro Baroja que en otros medios me invalidaría, creo yo, para escribir algo de fundamento sobre él, por una elemental decencia y porque para echar a volar el *botafumeiro* de los elogios banales ya hay tiempo, y de hecho venimos sobrados de él en la vida intelectual española, no por española, sino porque es la que me toca. A don Julio Caro Baroja le debo también la manía por dar la vuelta a los tópicos, a las etiquetas de los caracteres nacionales, los regionales, los locales, etc... Esa pesquisa del lugar común... Ese huir de la pereza intelectual... Mala mar esta, mala, chicha (ya habló Joseph Conrad de ella). Vaya por delante que no soy historiador ni antropólogo, aunque haya tenido una modesta y constante afición al *folklore* de la tierra en la que vivo, que es, kilómetros para arriba o para abajo, la misma en la que don Julio Caro Baroja tiene su casa de la vida, y que en este viaje que sospecho de estudio-

sos y eruditos me siento un poco robaperas. Así que como no soy del oficio ni del gremio, poco beneficio voy a sacar de ello diga lo que dijere. Claro que en ese interés no ya por el *folklore*, sino por las cosas de mi mundo en torno, de nuestro pequeño gran mundo, sin anteojeras, con pasión, ha tenido mucho que ver don Julio Caro Baroja. Sobre ese asunto de la tierra en la que uno vive, don Julio Caro Baroja tiene textos (todos los agrupados en *Estudios Vascos*) que a uno, lo quiera o no, le ponen en campaña enseguida. Son una invitación a la aventura intelectual, al saber de verdad cuál es la tierra que uno pisa, a encontrar ese lugar debajo de una constelación que es el nuestro sin más historias, que suele quedar bien en los poemas y hasta en alguna novela, pero como te lo coja un iluminado lo mismo hace un estropicio, a no comulgar con ruedas de molino, también.

Si a mí me preguntaran si siento admiración sincera, de corazón, por alguien de la vida intelectual española, pues diría, sin pensarlo dos veces: Julio Caro Baroja. Pero ¿quién te va a preguntar hoy eso? Nadie. Los demás, que haberlos haylos, vienen detrás, qué le vamos a hacer.

Pertenezco a una generación que, para mí, no tuvo lo que se dice muchos maestros (o al menos en mi medio no se habla mucho de eso) y si me apuraron tampoco hasta muchas oportunidades de tenerlos. Tal vez fuese bueno para que tuviésemos que buscarlos más allá de las censuras, de las pesquisas del alma, de la desidia. No lo sé. El mundo universitario que me tocó vivir no era el más estimulante del mundo, desde luego. Cada cual habla de cómo le va o le ha ido en la feria. Puede ser que ninguno lo sea y que, bueno, que la masificación, la mediocridad y la ramplonería sean un mal general; pero sí me parece más cierto que todo es una cuestión de excepciones y de utopía. Y de diferencia y de individualidades fuertes que es lo que vale. Tal vez otros tuvieron más suerte. No lo sé. Pero soy escéptico. Me duele, me irrita, ver cómo catedráticos que por edad pertenecen a mi generación y que han tenido en sus manos la oportunidad de crear una universidad de la nada, se pierden en querellas casi, casi de sacristía: la disposición de una mesa en un despacho, la jerarquía, el protocolo, el figurar... Y que sus publicaciones sean ramplonas, puro galimatías a veces, porque convierten las ciencias sociales en ensalmo de brujería. Esto, como tantas otras cosas, no era lo previsto.

Yo no tuve esos maestros clásicos, esos *maîtres à vie*, algo más que un puro *maître à penser*, a los que se refería hace bien poco Michel Serres, ni en la universidad ni fuera de ella. Al menos no del género que me hubiese gustado. Yo, ahora, que es lo fácil, veo ese magisterio como una cuestión de talante para enfrentarse con las cosas de este mundo, las amables y las amargas, de una curiosidad amplia, de una apertura de espíritu, de un gran tesón en el trabajo... Entre una cosa y otra no he olvidado el día

en que leí *Los Baroja*. Era un día de diciembre, en el valle del Baztán, hace veinte años; un día de niebla cerrada en el valle y de borrasca en el alma, los bordes de los caminos estaban acolchados de musgo y en el aire se respiraba esa humedad que acaba embriagando (habla de ello Barthes cuando trata de Bayona). Sería cosa de los veinte años, sería cosa del ambiente, sería cosa de aquellas páginas, que hoy repaso profusamente anotadas. Me quedé deslumbrado, sentí una emoción intensa, una de esas emociones de la vida intelectual que no se olvidan y que son para nosotros un hito, un punto de referencia. He vuelto muchas veces a ese libro. A mí me parece excepcional. Pocos testimonios tan intensos conozco de lo que es la vida de un individuo que no está solo, es decir, que no está apartado, que no divaga en el vacío, sino que se siente en relación a su medio, a su familia, a su memoria, a sus aspiraciones personales, a las aspiraciones de aquella tercera España posible de la que habló alguna vez Alberto Jiménez Fraud, a las decepciones y a los gozos, a lo que de verdad nos constituye. Y sin alharacas, sin gestos de mala comedia, con ese valiosísimo decir nuestra verdad, quieta, claramente.

Me dirán refiriéndose a ese espléndido libro de memorias: es amargo, triste y aburrido, que son por cierto los hechizos de más difícil conjuro de estos últimos años. No tengo mucho que decir, a mí me entristecen otras cosas y también me aburren. Y la gente de mi tierra, a la banderiza y tremenda, trabucaire e integrista me refiero, dirá: «Es de la cáscara amarga», desautorizándolo. Claro, como ese libro no está escrito a toque de cornetín de patio de cuartel... No reparan en que tal vez esté escrito al ritmo de una delicada romanza. Y eso se nota. Hay gente a la que la delicadeza le ofende, qué le vamos a hacer, don Julio. Hay gente que está en posesión de la verdad, de toda la verdad y que no deja ni una parcela libre, nada sin poseer, lo macizan todo con su verdad, como los especuladores de terrenos, los que destruyen por gusto, por deporte. Decir de verdad, hablar con verdad, con la pequeña verdad o al menos buscarla, y no dejarse engañar ni siquiera por las propias apariencias, ha sido otra de sus enseñanzas.

Como lo ha sido ese ocupar nuestro sitio en el mundo con tranquilidad. A mí me resulta extraña, cuando no enigmática (mera retórica), la curiosidad que suscita, entre unos y otros, la personalidad de Julio Caro Baroja; una curiosidad que le hace popular. Me explicaré. Resulta extraño que en una época y en un sistema social en el que quien acaba siendo algo así como un a modo de faro sea un banquero o gente de relumbrón, suerte de mariposas nocturnas, quien acabe llenando la sala o atrayendo a la gente a la pantalla de la televisión, sea un hombre de libros, un estudioso, un erudito. Que el hombre de letras, el intelectual se haya convertido, gracias a unas pintorescas reglas de mercado, en una suerte de oso al que

se le hace opinar de esto y de lo otro con más o menos fundamento (sobre todo lo segundo) es algo que no debería sorprender ya a nadie, son casi reglas de juego, a las que uno puede sustraerse o puede aceptar con honestidad, con la integridad del que está, pero no está, es decir que sólo está en lo que celebra, y no se deja manipular ni por la fama ni por el relumbrón. Ahí, Caro Baroja.

Un hombre a quien vemos mejor trasteando por los anaqueles de su biblioteca, sus mesas de trabajo, sus objetos hermosos, sus colecciones, su música, sus pinceles, en un mundo volcado sobre sí mismo, un mundo íntimo, el de Vera de Bisadosa, que en un plató de televisión a merced de un indocumentado. La casa de los Baroja (hoy), de unos legendarios Alzates, con anterioridad al siglo XVII-XVIII, relacionados con la familia del Chateau d'Urtubi, cerca de San Juan de Luz, y por tanto hasta con la familia de Montaigne, ha sido llevada al cine, fotografiada, visitada en una suerte de peregrinación de gentes que quién sabe qué han ido buscando (hemos, me incluyo en la peregrinación), cuando llegan hasta Vera de Bidasoa. Itzea no está en Marbella. Itzea no es Marbella. Eso es lo curioso. Itzea es algo más que un mito literario, para quienes todavía creemos en estas cosas; para el que sólo piensa en cómo llenar la alforja estas cosas no tienen el menor interés.

En los años setenta y ochenta Julio Caro Baroja se prodigó bastante (afortunadamente para todos) en los medios de comunicación. Era corriente ver entrevistas suyas en magazines de colorines, en la televisión y en la radio; era corriente que se le invitara a programas de televisión, más o menos sesudos, más o menos extravagantes, en los que por rutina, por ser el signo de los tiempos, un presentador maleducado e intimidador del prójimo le preguntara al invitado de turno sobre todo lo divino y lo humano, como ellos mismos decían, o, lo que es lo mismo, que empujara a quien fuera a opinar sobre un roto y un descosido, viniera o no a cuento, sobre todo lo segundo, y dar rienda suelta a sus ganas de poner orden en el universo mundo, sacando, como corresponde y es admitido, la sota de bastos a pasear. Porque si no se saca la sota de bastos a pasear y no se emplea mucho la *auctoritas* destemplada y la descalificación y la prepotencia, no hay orden. De esto no se dan cuenta ni quienes lo hacen. Es lo común. En ese clima, la figura de Julio Caro Baroja era la de un hombre salido de otra época. Sus preocupaciones eran otras, su forma de sentir, de percibir la realidad, de entender la historia y nuestro presente, y su forma de alegrarse, también eran otras. Luego Julio Caro Baroja desaparece. La edad, dice él, la lucidez también. Cuando el mundo nos resulta ininteligible, cuando nos damos cuenta de que no somos escuchados, mejor ocuparse de lo esencial

de nosotros mismos. Fue él quien lo dijo en una de tantas entrevistas que se le han hecho y, como otras cosas igual de importantes, como no dándoles importancia. Otra de sus enseñanzas.

Y es que el especialista en las brujas y su mundo, tema apasionante donde los haya, empezó a coger la costumbre de sacar los pies del plato y de hablar con autoridad, con humor, sin pelos en la lengua, de lo que le parecía. El bicho raro se rebelaba. Qué hermosa enseñanza en una época en la que lo común es decir sí a todo, no disentir, contemporar, olvidar por sistema, arrimarse al pesebre, arrimarse al poderoso de turno a ver si cae algo, a ver si por ósmosis nos toca algo, o no decir más que enormidades. Que no me hablen de un país descreído cuando cree en la ciencia infusa con la misma pasión con que cree en el dinero negro.

Cierto: es muy interesante todo lo relacionado con el proceso de Logroño de 1610 pero, después de 1975, empezaba a serlo más el hablar de la intolerancia creciente, del fanatismo nacionalista, de la brutalidad, la ley del más fuerte, del desprecio como principio de vida, de una violencia ciega que parecía que iba a acabar allí mismo, de algo que empezaba a ser, de verdad, el problema vasco. Porque ése sí que es el problema vasco, no la reincidencia, no las señas nacionales de identidad (poco importa si, como sucede con las esenciales esencias de toda la esencialidad, la mitad sean otros tantos inventos, martingalas de un romanticismo tardío), el problema es el mesianismo, la pretendida omnipresencia de la ley de la tribu, la batuta, la capela, el «nosotros» y el «ellos»... y al final, las siempre oscuras razones o sinrazones de la raza, del pueblo, valor absoluto ante el que los derechos del individuo valen poco o no valen nada.

Una vez, hace de esto unos años, escuché a don Julio Caro Baroja en una memorable o más que memorable visita otoñal a Vera de Bidasoa, sería como ahora y las palomas cruzarían los altos hacia el sur y los valles de cinco Villas, de Basaburua, Velate, la Ulzama, el Quinto Real, estarían teñidos de los más hermosos colores del otoño tan deliciosamente pintados por don Julio que en su modestia llama disparates (cualquier otro habría querido meterlos en el Reina Sofía o en algún lado y cobrar algo, de alguien por ello y durante un buen rato):

«Éste, además de un problema político y un problema de estricta justicia, es un problema psiquiátrico. Yo le recomendaría a más de uno: “Ande, vaya usted al médico y que le den unas pastillas” y a ese señor I. le diría lo que dicen que hacen los analistas: “Échese usted ahí y cuénteme su vida”». Ésta es una humorada de don Julio, una de tantas, dictada por esa desesperación del que comprueba que la razón, como anunció en 1945 Albert Camus en sus ensayos recogidos bajo el título *Ni víctimas ni verdugos*, vale poco, vale nada y nos hace el mundo, en el que vivimos, ininteligible.